

# AULA DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA CICLO II: LA CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS, HOY

## **Sacramento de la Confirmación**

### **Hacia una nueva identidad eclesial de este sacramento iniciático**

**Prof. José Cristo Rey García Paredes**

Director del Instituto Teológico Vida Religiosa  
Profesor de la Escuela “Regina Apostolorum”, Madrid

Santander, 6 de febrero de 2007

Es posible que este sacramento nos evoque nuestro propio pasado, pero quizás no revista un especial interés respecto a nuestro presente, a no ser que estemos implicados en la acción pastoral de la Iglesia.

Esta tarde voy a hablar de este sacramento que, en realidad sería un sacramento de afirmación o de confirmación del bautismo, pero visto en una perspectiva eclesial y actual; como dice el título de la conferencia: hacia una nueva identidad eclesial de este sacramento iniciático.

En primer lugar comentaré unas cuestiones previas en las que quiero centrarme en nuestro presente, para ver lo que nos está ocurriendo respecto a este sacramento.

Después, siguiendo el esquema, veremos la realidad, es decir, la conciencia que hoy tenemos en la Iglesia y en la sociedad de los temas iniciáticos.

En tercer lugar trataré el tema del misterio. Este sacramento lo hemos entendido siempre muy en relación con el Espíritu Santo; por tanto, descubrir el misterio de este sacramento es descubrir el significado que tiene el Espíritu dentro de nuestras comunidades y dentro de la Iglesia y del mundo

Finalmente me referiré a las perspectivas que se nos ofrecen y que pueden ayudar a la comunidad cristiana a renovarse para vivir desde esa nueva realidad interior.

### **Cuestiones preliminares:**

*Lo primero que llama la atención es que se trata de un sacramento sin presión social.*

Hay que reconocer que, si bien hemos cambiado mucho a lo largo de los años, y aun estando en una sociedad bastante secularizada, se mantiene todavía entre nosotros una cierta presión social sobre algunos sacramentos, especialmente bautismo, primera comunión, matrimonio y funerales; incluso la misma sociedad civil, trata de facilitar estos eventos ofreciendo diversas posibilidades de celebración.

Sin embargo, el sacramento de la Confirmación no es pedido por nadie en nuestra sociedad; ni siquiera entre las familias existe un deseo “inaguantable” de hacer que sus propios miembros se confirmen. Hay ocasiones en que se considera un requisito necesario para la boda o para cualquier otro acontecimiento, pero no hay presión social.

Ahora bien, sí hay una presión eclesial. A la Iglesia le interesa mucho este sacramento, y en los últimos años hemos visto cómo la pastoral de la confirmación ha tomado un protagonismo grande dentro de las comunidades cristianas.

El hecho de que no haya presión social permite a la Iglesia configurarlo de una manera más imaginativa; incluso hasta el punto de poner una especie de condiciones de preparación que serían inimaginables en el caso del bautismo, primera comunión, o matrimonio.

*¿Por qué este sacramento es necesario para la Iglesia y por qué le da una importancia que no le da la misma sociedad?*

Para la Iglesia, no basta únicamente el bautismo para iniciarse dentro de la comunidad de Jesús. La Iglesia considera que, sin haber recibido el sacramento de la confirmación, los cristianos, aun estando bautizados, todavía están en un estado de inmadurez –al menos de inmadurez social- y necesitan llegar a una cierta madurez para poder sentirse adultos dentro de la comunidad cristiana.

Así como en la sociedad se requiere que se haya cumplido una determinada mayoría de edad para poder votar, dentro de la Iglesia habría una mayoría de edad sin la cual un bautizado no es reconocido como persona auténticamente madura. Por tanto, cuando hay un cristianismo de sólo bautizados, lo considera un cristianismo inmaduro, todavía no confirmado, que influye en la calidad de vida de la Iglesia. Los matrimonios, por ejemplo, y otras formas de vida cristiana, sin esa confirmación, se consideran formas de vida cristiana que se resienten y adolecen de inmadurez.

*¿Cómo configurar esta confirmación del bautismo?*

Los liturgistas tienden a seguir una secuencia que ha sido tradicional: bautismo, confirmación y primera eucaristía, como sacramentos de iniciación. En cambio, a los pastoralistas no les interesa sólo lo que podríamos llamar “madurez litúrgica” o “madurez oficial”, sino que les interesa la madurez psicológica cristiana. Ciertamente, en nuestra sociedad, a los 18 años se adquiere la madurez jurídica oficial, pero ¿responde a una madurez democrática, a una madurez auténticamente humana, humanista? Ahí es donde no coinciden las formas de ver las cosas de la liturgia y de la pastoral y, como consecuencia, este sacramento se resiente de esa doble perspectiva.

Por lo tanto, la pastoral de la confirmación hoy partiría de un dato muy positivo, el de que hay miles de jóvenes adolescentes en torno a nuestras parroquias, que se están preparando para la confirmación; una preparación de 1 a 3 años que supone, además, un cierto discernimiento comunitario. Se ofrece una preparación más prolongada y más intencionada que para otros sacramentos. Por otra parte, son celebraciones muy bien preparadas, que conllevan una cierta emoción y que nuestros obispos valoran positivamente. En estos años de postconcilio hay unos directorios muy bien pensados y programados para una buena preparación de este sacramento.

En cambio, el dato preocupante es la pregunta que todos nos hacemos: *¿qué pasa después de la Confirmación con estos jóvenes que han estado en la Iglesia hasta el momento de confirmarse y después desaparecen?*

A la vista de la experiencia, uno se pregunta si será un trabajo inútil, si habrá merecido la pena... Después de unos cuantos años, tenemos la experiencia de la

postconfirmación como el momento en el que se produce una dispersión de lo que antes se había logrado unir... *¿Qué sentido tiene entonces este sacramento?*

Para tratar de responder a estas cuestiones quisiera invitarles a entrar en la conciencia del misterio de este sacramento, para después poder proyectar, desde ahí, nuestra luz sobre la vida y la práctica de la Iglesia.

Si yo quisiera explicar ahora con una parábola lo que es un ordenador, diría que, para funcionar necesita, en primer lugar, un sistema operativo, con unas determinadas cualidades para que puedan funcionar todos los programas que después se instalen en él... Si el sistema operativo no funciona bien, todo lo demás no funciona... y si no funciona... el ordenador sería inútil.

Algo así podríamos decir respecto a la vida cristiana: necesita un “sistema operativo” con el que podamos funcionar, y en el cual se pueda insertar el programa del matrimonio cristiano, el de la eucaristía, el de la misión, el del apostolado eclesial, el de las diversas formas de vida cristiana...

El tema iniciático es importante, no sólo en informática, sino en cualquier carrera, profesión... y, en nuestro caso, en la vida cristiana. Por tanto, la iniciación cristiana sería algo así como el punto de partida: los elementos imprescindibles para después llevar adelante una auténtica vida cristiana.

## **1. Realidad**

*¿Por qué es necesaria la iniciación?* En este punto, en vez de responder con alguna teoría o exponiendo distintas formas de pensar, vamos a remitirnos únicamente al Concilio Vaticano II, haciendo referencia a algunos puntos del mismo, y al Catecismo de la Iglesia Católica, porque esto supone un cambio en el lenguaje de la Iglesia.

Cuando a nosotros nos hablaban de los sacramentos, nos decían que eran siete, y nos los presentaban como siete realidades que, en lugar de ser una constelación, más bien parecían estrellas aisladas. A partir del Vaticano II ha habido un cambio de lenguaje, y ya el Catecismo de la Iglesia Católica, en lugar de hablar del bautismo, la confirmación y la primera comunión, por separado, habla de los sacramentos de la iniciación. Nos encontramos así con una nueva categoría en la que todavía deberíamos profundizar mucho más y acogerla mejor en nuestra concepción de la realidad; no es cuestión sólo de bautizar al niño o la niña, sino que es cuestión de someter a la persona a un proceso de iniciación. Lo que necesitamos no es alguien que se vaya a bautizar, sino alguien que se quiera incluir en un proceso de iniciación.

Si alguien quiere formar parte de una secta, los responsables de la misma le dirán que necesita un proceso de iniciación antes de poner integrarse en dicha secta. Lo mismo ocurre si se quiere formar parte de un determinado grupo de la sociedad... En la Iglesia tampoco se trata de que una persona, por el hecho de bautizarse, quede integrada automáticamente en la misma, sino que necesita todo un proceso iniciático que tiene tres momentos celebrativos: bautismo, confirmación y primera eucaristía.

El Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII, abordó esta temática en el Decreto “Ad gentes”, referido a la actividad misionera de la Iglesia. En el número 14 se dice que *el catecumenado no es una mera exposición, sino una formación y noviciado de la vida cristiana*. Es decir, como expuso el profesor Borobio la semana pasada, el catecumenado no es sólo cuestión de indoctrinación -de ir a la doctrina cristiana-, sino una especie de noviciado, de tiempo formativo de la

vida cristiana. Por lo tanto, dejemos de dar clases y lecciones únicamente, dejemos de inoctrinar, y tratemos de configurar un nuevo estilo de vida.

Los catecúmenos se inician en el misterio de la salvación: la fe; en el ejercicio de las costumbres evangélicas: la caridad; y en los ritos sagrados: en la liturgia; de tal manera que no es sólo un tiempo de inoctrinación, sino que es un tiempo de prácticas misioneras, de aprender a hacer apostolado, de aprender a ser misionero de la caridad... Y también aprender actitudes interiores morales, éticas, aprender un nuevo estilo de vida, aprender a superar la ira, la soberbia, la avaricia... en definitiva, aprender a superar los siete pecados capitales que, para los Padres de la Iglesia, eran como los demonios que llevamos dentro. En consecuencia, el Catecumenado sería una especie de escuela donde se aprende el arte de vivir de otra manera.

En el mismo número 14 de “Ad Gentes” se dice que *a través de los sacramentos de la iniciación cristiana, los catecúmenos quedan muertos, sepultados, resucitados con Cristo*. Esta secuencia: muerte, sepultura y resurrección, nos está indicando algo que es ya místico, es decir que a través de la iniciación nos vamos configurando con Jesús que muere en el calvario, que es sepultado y que después nace a una nueva vida. Por tanto, quien quiera ser iniciado tendrá que tener una experiencia de muerte profunda, al tiempo que de nuevo nacimiento.

Además supone la recepción del Espíritu Santo, es decir, tener la experiencia que se tuvo en Pentecostés, la experiencia del fuego, de una vida que puede ser muy diferente. Y, finalmente, la integración en la mesa eucarística. El tiempo más adecuado para culminar este proceso sería el de la cuaresma y los tres días de Pascua.

En el número 65 de la Constitución sobre la Liturgia, se hace referencia a lo que son los procesos iniciáticos, invitando a tener en cuenta las costumbres de los pueblos. “*Missio ad gentes*” no se refiere a la misión de ir a inoctrinar a la gente, cambiarla y hacer que se bautice y se convierta, sino que es entender la misión como “meterse entre la gente”, dialogar con las personas, vivir con ellas, dejar que el Espíritu actúe... Es la misión de la inculturación, de la inserción, de la amistad... Actualmente en la Iglesia, especialmente en Asia, se habla de “*Missio inter gentes*”.

Yo creo que en Europa deberíamos reabrir también este proceso de misión, porque no se trata de situarse fuera de la sociedad para decirle, desde la Iglesia, lo que tiene que hacer; la misión es encarnarse en nuestra sociedad, estar bien metidos dentro de ella y ahí, entre la gente -“*inter gentes*”- ser nosotros mismos, transmitir el buen aroma de Jesús, la alegría de nuestra vocación, transmitir felicidad, esperanza, dar amor y crear contextos de amistad donde sea posible que la gente se pregunte cómo vivimos, qué es lo que nos pasa, cómo es posible que alguien viva de esa forma situaciones duras y difíciles...

En esta misión “*inter gentes*”, además de los elementos contenidos en la tradición cristiana, pueden incorporarse también aquellos que se encuentran en cada pueblo, en cuanto puedan acomodarse al rito cristiano, de tal manera que la iniciación cristiana de verdad, adquiera las características de la sociedad en la que se instala. Podríamos preguntarnos cómo se inician en África, dentro de lo humano, los pobres, los adolescentes, las mujeres y los niños... ver qué elementos de esa cultura pueden inculturar verdaderamente la iniciación cristiana, de tal manera que los ritos de inserción en la comunidad cristiana tengan un profundo sentido para el alma de cada uno de los pueblos.

En el número 71 de *Sacrosantum Concilium* dice: *que se revise seriamente el sacramento de la confirmación, y que aparezca nítidamente como parte de la iniciación cristiana, como un sacramento iniciático, y sea precedido por la renovación de las promesas del bautismo.* Resalta así su relación con el bautismo y reafirma éste no concluye hasta que no llega este momento de la confirmación.

Obviamente, el Catecismo de la Iglesia católica sigue la misma línea. Fue una de las grandes aportaciones del Papa Juan Pablo II a la Iglesia de nuestro tiempo; pero aquí, lo que más me interesa resaltar es cómo la confirmación no es analizada autónomamente, como una estrella independiente, sino como parte de una constelación: la iniciación cristiana. Por eso, en el capítulo primero de la segunda parte, en el número 1211, se dice: *se explicarán en primer lugar los tres sacramentos de la iniciación cristiana.*

La eucaristía es el gran sacramento de la existencia cristiana; es decir, en el fondo, toda la iniciación lleva a la eucaristía. Y el último sacramento de la vida cristiana, no es la unción, sino la última eucaristía, llamada también por nuestra tradición, viático.

Por tanto, y para concluir este apartado, los sacramentos de la iniciación cristiana son: Bautismo: nacer a una vida nueva. Confirmación: vida ungida en dinamismo. Y primera eucaristía: la integración en la comunidad. Creo que habría que cambiar la denominación, “primera comunión” o “primeras comuniones”, por la de “primera eucaristía”.

El capítulo segundo del citado Catecismo de la Iglesia Católica, se refiere a los sacramentos de curación; sería muy importante que las personas supieran que en la Iglesia hay esta clase de sacramentos porque, muchas veces, cuando nos acercamos al sacramento de la reconciliación, no vamos a curarnos, sino a acusarnos, porque no hemos llegado a redescubrir lo que significa disponer de sacramentos de sanación. Hay quienes, a la hora de buscar una sanación, acuden a grupos carismáticos o de otro tipo, pero no a los sacramentos de la Iglesia porque creen que no los tiene. Incluso uno de los sacramentos de sanación, el de la unción de enfermos, lo hemos convertido en extrema-unción, algo que sirve únicamente para el momento de morirse...

¿Habría un sacramento para una persona deprimida, que ha tenido una gran convulsión en la vida, la han abandonado, ha visto rota su ilusión, su matrimonio, se ha quedado en paro...? ¿Tendrán estas personas algún lugar en la Santa Madre Iglesia donde puedan, de alguna manera, suplicar, celebrar y pueda actuar la sanación? El Catecismo de la Iglesia Católica habla de estos sacramentos de curación y también de los sacramentos al servicio de la comunión y misión de los fieles.

*Sacramentos de reiniciación:* Siguiendo con el ejemplo del ordenador... ¿qué ocurre cuando entra un virus en el sistema? ¿Qué se hace cuando el sistema ha quedado deteriorado, no por cualquier tontería, sino por algo que afecta profundamente al sistema? En el caso del ordenador, tenemos que buscar un antivirus y volver a reiniciar todo el sistema... Lo mismo nos ocurre en la existencia cristiana... y para esto sí que tendría que haber lugares, espacios de reiniciación, donde una persona comience de nuevo a recuperar el programa del bautismo, de la confirmación y de la primera eucaristía. Sin embargo, actualmente yo no encuentro –

en general- en la Iglesia estos lugares, estos ámbitos, estos *sacramentos de reiniciación*, donde una persona pueda recuperar el “programa” que perdió...

*Sacramentos de las formas de la vida cristiana:* Yo creo que, igual que en el sacerdocio, del obispo o del ministro ordenado, hay diaconado, presbiterado y episcopado, en el sacramento del matrimonio tendría que haber sacramento del matrimonio, sacramento de la paternidad/maternidad, que es distinto, y probablemente habría que pensar en la última configuración del sacramento del matrimonio, cuando se refiere a la pareja con “el nido vacío”.

Paso ahora a hablar sobre la conciencia que tiene nuestra sociedad de lo que es la iniciación. A mí me llama mucho la atención cuando oigo que para los varones, en nuestra sociedad, la única forma de iniciación que había en tiempos pasados era “la mili”, porque era el único momento en el cual dejaban la propia casa, se descentraban de la propia familia, rompían el cordón umbilical y comenzaban a vivir otra vida distinta...

¿Favorece nuestra sociedad occidental procesos iniciáticos para entrar en la edad adulta?

Ciertamente, desde el punto de vista de la indoctrinación, las posibilidades son enormes, es decir, tenemos una infancia y una juventud muy bien cultivada intelectualmente; sin embargo, en lo que se refiere a cultivo moral, humano, antropológico, ¿dónde aprende el arte de amar, el arte de la solidaridad, el arte de la amistad, de la trascendencia...? ¿Dónde se aprende a ser humanos, a vivir la convivencia? Ahí es donde yo creo que se echan en falta, dentro de la sociedad civil, lugares, ámbitos iniciáticos en los cuales los niños, los adolescentes o los jóvenes, entren, para poder después entrar en la sociedad ya como seres adultos. Quizás nosotros hemos perdido esto que sí tienen las grandes sociedades tradicionales.

Dicen los expertos en temas iniciáticos, que el varón sólo puede ser iniciado por un varón y la mujer por una mujer; pero están surgiendo muchas familias monoparentales, en las cuales casi siempre la única referencia que tiene el niño en todo su proceso iniciático es la madre. Nos preguntamos entonces, ¿qué tipo de sociedad va a surgir si la familia no funciona, si no hay unas referencias masculinas y femeninas, donde la misma sociedad está caotizada de algún modo, y no encuentra fórmulas, modos de llevar hacia delante a su juventud?

Desde ese punto de vista -de que los hombres sólo se pueden iniciar por varones y las mujeres por mujeres-, a mí me parece interesante la cristología: Jesús es hijo de María, pero también lo es de José, y fue José quien hizo a Jesús un hombre.. Cuando Jesús dice que “debe ocuparse de las cosas de su padre”, posiblemente no se refería sólo a su Padre del cielo, sino también a ese padre por el cual, a partir de los 12 años iba a ser iniciado en la aventura del varón, la aventura del trabajo, del taller, la vida dura que le cabía esperar a cualquier varón. Y lo mismo en cuanto a las mujeres: eran iniciadas por las madres, o por las hermanas mayores.

Los iniciadores dicen que *los niños y niñas necesitan ser paridos por segunda vez* y nosotros nos preguntamos: ¿Dónde y cuándo acontece ese segundo nacimiento...? ¿Quiénes son los padres espirituales de estas nuevas generaciones?... ¿O nacen ya muertas...? ¿O mantienen el cordón umbilical sin haber nacido otra vez...? Y nos encontramos con el fenómeno de tanta gente que nunca se despega... personas que a los 30 años siguen sin cortar el cordón umbilical... personas

físicamente muy desarrolladas y, sin embargo, todavía infantiles espiritualmente, porque no han dado el paso iniciático... ¿Son los padres capaces de educar a sus hijos hoy? ¿Hay que expulsar al padre? Dicen los iniciáticos que es fundamental una ruptura con la madre.

En el interior de cada ser humano yacen poderosas energías; aquí es donde yo veo la importancia que tiene el tema de la confirmación; la importancia que tiene recuperar para la sociedad, pero también para la Iglesia, el ofrecer modelos iniciáticos que ayuden a las personas a sacar los tesoros que llevan dentro; a entrar en esas moradas interiores en las cuales nunca han entrado y que, sin embargo, tendrían que descubrir para sentirse muy bien consigo mismos. Porque si no llegan a descubrir esos tesoros interiores, ¿cómo pueden dar después toda su riqueza a la persona con la que formen pareja? ¿Cómo van a poder dar a la sociedad toda la sabiduría que llevan dentro? Sin un momento y un proceso de iniciación, nunca serán los hombres o las mujeres que podrían ser. Hago aquí referencia a mi libro *“Iniciación cristiana y Eucaristía”*; publicado en ediciones San Pablo, donde quise, de alguna manera, recoger esto que estoy diciendo.

## 2. Misterio

*¿Cómo era la iniciación en la Iglesia de los Apóstoles?* Yo creo que la gran característica de Jesús, entre muchas otras, es que era un gran mistagogo, un gran maestro... así lo llamaban. Una persona muy culta me decía que, cuando se estaba preparando para dar un curso por Internet, entre las opciones que le daba el programa para ver cómo quería llamarse, estaban la de profesor y la de maestro; puso profesor pero afirmaba que le gustaría dar un curso algún día, en el cual fuera maestro, porque maestro parece indicar algo mucho más profundo, de relación con la gente...

Jesús no era un indocinador, sino que era “el maestro”; era un maestro holístico de la totalidad. Jesús enseñaba el don, hablaba como nadie había hablado hasta ese momento, era un verdadero iniciador... Cuando dice *“el que quiera venir conmigo...”* y pone unas condiciones, está introduciendo a la gente en un proceso iniciático. Ahí hay una gran sabiduría.

Cuando Jesús había muerto y su Iglesia tenía que continuar con el magisterio de Jesús, la gente le preguntaba a Pedro qué tenían que hacer para formar parte de su comunidad, y Pedro les decía que acogieran la palabra, que cambiaran de vida, que se convirtieran y luego participaran en la mesa, en la fracción del pan. En las cartas de Pablo hay diversas referencias a cómo se iniciaban en aquel tiempo los candidatos a la cena, y siempre se refiere a escuchar la palabra, asistir al acontecer de la revelación (a través de la Palabra predicada), y luego la conversión. Sabemos que la conversión es *metanoia* –*meta-nous*: cambio de mentalidad-; sin embargo, la cuaresma, que es tiempo de conversión, generalmente se reduce a cambiar alguna pequeña reforma interior... pero se pierden el sentido más totalizante: ¡cambio de mentalidad!

La conversión es muchas veces algo inalcanzable para nosotros porque supone cambiar de mentalidad; pero, si seguimos con la mentalidad anterior, la misma visión del mundo, si seguimos siendo tan pesimistas ante las cosas ... por mucho que hagamos las cosas bien, que ya no cometamos los pecados que creíamos cometer antes, no nos hemos convertido. Decía Unamuno: *para mí, una nueva idea de Dios es como un nuevo nacimiento. Ya me siento tan distinto a lo que era antes...* Eso es la conversión, la *metanoia*.

Yo creo que nosotros no podemos cambiar de mentalidad; es un regalazo que podemos recibir del cielo cuando el cielo quiera, pero no puede ser algo que una persona me recomiende o me exija... El cambio de mentalidad llegará sólo en aquel momento de gracia en el cual parece que me ha entrado un “chip” que me cambia totalmente por dentro. Por eso, las cartas a los Gálatas, a los Corintios, Romanos, Colosenses... hablan de un nuevo nacimiento, de una nueva criatura. Cuando uno ha cambiado como de la noche al día, de las tinieblas a la luz... Por esta razón, quien había tenido la experiencia de conversión, era un iluminado.

Quizá nos preguntemos qué deberíamos hacer hoy para que haya gente que tenga la experiencia de conversión; sin embargo, yo creo que no tenemos que hacer nada... sólo confiar en que actúe aquel que es el responsable de toda iluminación, el Espíritu Santo. Por eso, en el NT lo primero que se tiene en cuenta es lo que sucede en cada persona, y después se celebra. El sacramento no es algo mágico que cambia la mentalidad de las personas, sino que el sacramento recoge toda la experiencia personal, la celebra, la reconoce y glorifica a Dios por lo que ha ocurrido. Por tanto, el bautismo no es el momento en el que “te dan algo” para que cambie a la persona, sino que es el momento en el cual se celebra el cambio que se ha producido en esa persona.

Por esto, cuando se producen cambios radicales en la vida, cambios que transforman a las personas y a las familias hay que celebrarlo. A Pablo le ocurrió cuando, camino de Damasco, una luz le hizo caer de su caballo; quedó unos días ciego, ofuscado, pero Ananías le dice que van a celebrarlo y que va a recibir el agua del bautismo; según él, aquel agua le suponía entrar ya dentro de esa nueva vida, ratificar lo que había sucedido, llevarlo a plenitud...

En la primitiva Iglesia la venida del Espíritu Santo –esa convulsión interior- se celebraba con el agua, con la imposición de manos... pero no había dos ritos diferentes. Luego ocurrió, como tantas otras veces, que lo que en un principio es carisma y enamoramiento, se convierte en institución y costumbre. Como bien decía un autor: *no hay cosa peor que tener un alma acostumbrada*; es decir, lo peor no es ser bueno ni malo, sino acostumbrarse a que el amor, que era fuego, se convierta en cenizas, a que el carisma se convierta en institución...

Con el tiempo el bautismo de los niños separó el bautismo del otro momento iniciático, y entonces la iniciación comenzó a distenderse muchísimo en el tiempo, separando la confirmación, que celebraba el obispo, del bautismo.

Sin embargo, no hay que olvidar que el gran protagonista de la iniciación cristiana es el Espíritu. A mi modo de ver, todavía tenemos que redescubrir más el Espíritu, quizá no como el movimiento pentecostal o carismático, sino redescubrirlo en la misma Iglesia, y en el mundo. Estamos en el tiempo del Espíritu, que no está en el cielo, como Jesús o el *Abba*, sino que ha sido derramado, y por ello la iniciación tiene como gran protagonista al Espíritu santo, que está en misión, en una misión que supera los límites de la Iglesia, que llega a otras religiones, a otros grupos humanos... estamos en el tiempo de la *Missio Spiritus*, de la misión del espíritu y necesitamos mucha sensibilidad para saber dónde está actuando el Espíritu.

El Espíritu es invocado sobre los bautizados para que Dios les conceda el Espíritu de Sabiduría, de Inteligencia, de Consejo, de Fuerza, de Ciencia, de Piedad, de Temor del Señor. Y cuando esto se produce en alguien, lo podemos bautizar y confirmar.

### **3. Perspectivas**



Como podemos ver, actualmente la pastoral ha tomado en serio los procesos de maduración en la fe de los jóvenes; ha configurado el sacramento de la confirmación dentro de un proceso iniciático, y la liturgia propone que el rito de iniciación personal en la fe coincida con la secuencia paradigmática: bautismo – confirmación – primera eucaristía.

Sin embargo, como dicen algunos autores, estamos en un momento en el cual el proceso iniciático está totalmente trastocado: primero bautizamos, luego se da la primera comunión y más tarde se confirma, con lo cual no se cumple el objetivo de la iniciación, en la que bautismo y confirmación deberían estar unidos para abocar en la participación en la eucaristía, en la Iglesia eucarística.

Todo ello lleva a un cierto enfrentamiento teórico entre pastoralistas y liturgistas. Éstos últimos tienen razón cuando dicen que todo el proceso iniciático debe acabar en la eucaristía. Y los pastoralistas también la tienen cuando dicen que la celebración de la confirmación se realice en el momento en que realmente la persona pueda hacerlo. Sin embargo, la confirmación no es algo semejante a un rito civil de mayoría de edad, o una consagración cristiana de la juventud. La confirmación es un sacramento que inicia en la Eucaristía.

La iniciación cristiana, que tuvo como punto de partida la efusión de agua en el nombre de la Trinidad, es sellada por la imposición de manos, e introduce en la eucaristía.

*¿Debe entonces celebrarse el bautismo al tiempo que la confirmación?* Mi punto de vista sería el siguiente:

No hay que atender sólo al proceso litúrgico; es necesario también atender al crecimiento en la fe de la persona, porque un niño puede haber recibido el bautismo, la confirmación y la eucaristía y, a pesar de todo, no poder ser designado como una persona plenamente iniciada, porque su iniciación se ha realizado litúrgicamente, pero no personalmente. Es lo que ocurre en la Iglesia Ortodoxa, en la que un niño recibe el bautismo, la confirmación y la primera comunión –que suelen hacerla con el vino eucarístico- en la misma celebración; ciertamente se ha celebrado la iniciación litúrgica, pero no la iniciación personal. En Italia, durante bastantes años la secuencia era similar a la ortodoxa: se celebraba el bautismo y la confirmación coincidía con el día de la primera comunión que recibían después de la confirmación. Y en España, lo normal es que primero se bautice, luego se de la primera comunión y finalmente se confirme.

A la hora de explicar la confirmación a nuestros jóvenes, se produce un cierto caos, porque cada uno la explica a su manera: unos se refieren a la confirmación como el sacramento de la vocación cristiana, como el sacramento del apostolado; otros como el sacramento del compromiso con los pobres, con la justicia... con lo cual estamos inventando un sacramento que no es el instituido por Jesús.

La solución más audaz, a mi modo de ver, sería acoger a los niños en el catecumenado de la Iglesia cuando lo pidan los familiares porque, tal como está ahora la sociedad... ¿habría que exigir y hacer presión social para que los niños se bauticen? ¿O sería mejor decir que la Madre Iglesia ofrece que los niños puedan entrar, ya desde pequeños, en el catecumenado adecuado para ellos y pasar después al un catecumenado de adolescentes?

Se trataría de establecer un gran catecumenado, todavía sin celebración sacramental, todo un proceso iniciático y prestar, dentro de nuestras comunidades cristianas, una peculiar atención a todos los niños recordando las palabras de Jesús:

*dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis.* Y luego, saber educar a la juventud desde la libertad para que puedan llegar a opciones libres. Y cuando llegue el momento de la decisión, si los niños están preparados y parece conveniente, se celebran conjuntamente los sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía. Siempre teniendo en cuenta que, si es necesario retardarlo, se continúa el catecumenado.

En una ocasión, uno de mis hermanos no quería bautizar a su hijo, pero sí celebramos una eucaristía de acción de gracias por el nacimiento, por la vida, por lo que aquel hijo suponía... y cuando aquel niño tuvo 12 años, celebramos el bautismo, que fue de este modo mucho más consciente, preparado durante todo un año.

Hay que esperar a que llegue el momento, los 12 o los 18 años, no importa porque esto es algo que no se puede decidir de forma estándar, y celebrar entonces conjuntamente el bautismo, la confirmación y la primera eucaristía. Lo importante es que, ya desde el principio, la Madre Iglesia haya acogido dentro de un gran catecumenado a todos los niños o jóvenes cuyos padres lo han deseado, hasta que llegue el momento de comprometerse sacramentalmente.

### *¿Qué comunidad cristiana surge cuando hay procesos iniciáticos?*

Nosotros estamos debatiéndonos continuamente entre dos formas de cristianismo: el masivo o el de pequeños grupos. Para el cristianismo masivo, la puerta de entrada en la Iglesia sería muy amplia; por ejemplo, si en una parroquia nos exigen mucho, nos vamos a otra que no exijan nada... En cambio, para un cristianismo de pequeñas comunidades, las exigencias serían otras.

*¿Es mejor optar por la pastoral de masas o por la de pequeñas comunidades?*

La pastoral de masas ha favorecido el crecimiento numérico de la institución eclesial. El Papa Juan Pablo II es el prototipo de lo que es la pastoral de masas, igual que los santuarios serían también un gran ejemplo de esta pastoral...

La pastoral de pequeñas comunidades, que tan de relieve se ha puesto después del Concilio, ha propiciado la conversión y la adhesión a Jesús por parte de los bautizados; son esos grupos que oran, que se comprometen, que conviven, que tienen al mismo tiempo iniciativas muy de acuerdo con el evangelio...

La pastoral de masas, invoca la práctica de Jesús respecto a las muchedumbres, a las que, según el evangelio, acogía como ovejas sin pastor, se conmovía ante ellas, las alimentaba y curaba sus enfermedades. Aquí se nos muestra, por tanto, una praxis de Jesús que no es la del pequeño grupo sino la de las masas, sobre las que ejercía un liderazgo espiritual y a las que enseñaba, sin cansarse, los tesoros del evangelio, los tesoros de su sabiduría.

Es una praxis que la Iglesia no puede olvidar; su credibilidad, ante las masas y los fenómenos sociales, se expresa en las romerías, procesiones, novenas, santuarios... Yo creo que para mucha gente, ir a la romería, participar en una procesión, hacer una novena, visitar un santuario... es un sacramento, y sin embargo, si se les propone entrar en un proceso iniciático de confirmación no lo entienden... Se trata, por tanto, de una sacramentalidad de la piedad popular con la que no sabemos qué hacer, si hay que acabar con ello o no... Yo creo que la cuestión no es tanto lo que

hay que hacer o no, sino descubrir qué es lo que el Espíritu nos está diciendo con ello, porque quizás, a través de esa forma de actuar, está llevando también a la humanidad hacia donde Él quiere, no hacia donde nosotros creemos que deberíamos ir.

Para la pastoral de pequeñas comunidades, está también la práctica de Jesús respecto al pequeño grupo. Jesús se dedicó un tiempo a formar un pequeño grupo; llamó a los que quiso para que estuvieran con él, para enviarlos a predicar... A ellos les dijo que se les había dado a conocer el misterio del reino de Dios; la última cena no la abre Jesús a todo el mundo, sino solamente la celebra con su grupo en el Cenáculo...

Por tanto, por una parte está el gran grupo, el desierto abierto donde todos caben, y por otra el Cenáculo. La pregunta que se hace la Iglesia es, si ha de ser Iglesia del Cenáculo o Iglesia de las grandes masas. A Jesús lo tenemos en las dos partes, pero ¿dónde está el Espíritu Santo? Quizás por esto le vamos a abrir nuestra mente a la hora de hablar de los sacramentos de la iniciación, y tener una perspectiva, más amplia, pero en la cual entre lo global y entre lo local, es decir, aquello de la globalización: ser globales en lo particular y particulares en lo global.

Lo corporativo de la globalización nos lleva a descubrir la pastoral de pequeñas comunidades como la opción a asumir y preferenciar en el próximo futuro. En mi opinión, es verdad que, en tiempos de personalización, tenemos que atender a la persona y a los pequeños grupos y que, si algo necesita la sociedad hoy, son procesos de personalización. Aquí es donde la Madre Iglesia, con su experiencia, podría favorecer con una pastoral juvenil de iniciación, al menos por ahora. Creo que cada persona tiene que descubrir que se tiene que iniciar para descubrir su propia vocación. En la juventud, el cuerpo se torna bello, pero el Espíritu puede quedar infradesarrollado, sin fuerza interior, convertirse en un espíritu *ligh*t.

Las imágenes de género heredadas ya no nos sirven; ahora hay una nueva visión de lo que es ser varón y mujer... necesitamos nuevos iniciadores, nuevas iniciadoras. En la Iglesia, la nueva antropología supone una iniciación en la postmodernidad, en la globalización, en la paz, la justicia, la solidaridad, la ecología, en los nuevos valores...

Los iniciandos, aunque no son practicantes habituales, están abiertos a los mensajes que aporten luz a la propia vida. La dimensión religiosa no ha florecido en ellos, pero tampoco se ha agostado. Puede que vean en la Iglesia, en sus figuras e instituciones, enseñanza, doctrina, no una comunidad a la que pertenecer, pero sí una voz interesante que escuchar. Y, si en la Iglesia se encuentran con Jesús, probablemente se encuentren un ser fascinante al que en algún momento seguirán.

Yo creo que lo que hace creíble a la Iglesia hoy, es que viva la religión del amor, pero no sólo con palabras y encíclicas, sino en la realidad. Que sea una Iglesia de reconciliación y que, cuando quiere reconciliar, tiene la capacidad de hacer que las víctimas se sientan curadas. Una Iglesia que sana, una Iglesia que es lugar terapéutico para sacarnos del corazón los demonios que nos habitan.

La iniciación moral parece muy difícil, pero es que también las nuevas generaciones nos están trayendo la moral del Espíritu para el futuro. En una nueva generación siempre hay impulsos del Espíritu que nos indican nuevas metas de moralidad. Yo recuerdo que mi generación parecía herética a la generación anterior que decía que éramos amoraes... pero aquello que mi generación comenzaba a

redescubrir como valores morales, ahora ya son de absoluta acogida por parte de todos. Las nuevas generaciones traen también valores morales que a nosotros nos llaman la atención, pero veremos cómo se imponen en el futuro, porque así es el Espíritu. Por eso, finalmente, no sabemos quién está bien iniciado, porque es obra del Espíritu.

Quiero concluir diciendo que nuestros jóvenes necesitan alguien que les saque del aburrimiento, de la terrible rutina que a veces les ofrece la sociedad y les ofrece la Iglesia. La vida moderna ofrece a los jóvenes sus seguridades, la satisfacción de las necesidades elementales, pero falta el Espíritu. Por esta razón creo que hay que hacer de nuestras Iglesias auténticas escuelas de espiritualidad y de humanidad. Los niños tienen una permanente necesidad de ser iniciados, los jóvenes también.

Cuando se hablaba antes del carácter indeleble del bautismo y de la confirmación, no sabíamos a qué se refería, pero dicen que, sin heridas en la ruptura, no hay iniciación. Entonces, cada persona debería recordar, para ser un iniciado, cuál ha sido su herida, para emprender una vida nueva.

Conclusión: no tengamos prisa en celebrar los sacramentos. Que los sacramentos respondan al proceso vital, vocacional...

*Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se vuelve sosa... Vale más la calidad que la cantidad, y según sea la puerta de entrada en la Iglesia, así será la Iglesia. Estamos en el tiempo de la misión del Espíritu. Más allá de nuestras ideas hay que reconocer y celebrar que la santa Ruah -el Espíritu- es la protagonista de la iniciación.*

Muchas gracias por su atención

## DIALOGO

**P.-** *¿Ha hablado de catecumenado sin celebración. ¿Está esto aceptado por la Iglesia?*

**R.-** Lo que sí es cierto es que no va en contra de nuestra tradición. La Iglesia siempre le ha dado tal importancia que hasta decía que los catecúmenos que mueren sin haber sido bautizados, en cierta manera participan de lo que sería el gran bautismo de deseo; están ya siendo acogidos y son miembros de la comunidad en cuanto que se están acercando a ella. Yo creo que la posibilidad existe; lo que ocurre es que a veces, algunas personas que tienen una mentalidad un poco mágica de los sacramentos, piensan que sólo cuando se dicen las palabras propias del mismo es cuando se reciben. Como los procesos dependen de las personas, de lo que el Espíritu va haciendo en cada uno de nosotros, ¿por qué precipitar la acción del Espíritu? Si Dios va más despacio... ¿por qué ir nosotros deprisa? Yo creo que lo importante sería que, si esto es del Espíritu, fuéramos discerniendo, cada vez mejor en la comunidad cristiana, para ver si es por aquí por donde Él nos lleva...

**P.-** Uno que, como yo, que tengo 76 años, no ha sido iniciado... ¿cómo puede iniciar a otros, hijos nietos...? Vemos dolorosamente cómo abandonan la Iglesia.

**R.-** En primer lugar, creo que es muy importante la pasión con la que Vd. dice esto, porque supone una cierta lamentación, un dolor que sentimos quienes hemos vivido la fe de un modo y queremos vivirla ahora con más intensidad; querríamos disponer de mejores recursos dentro de nuestra comunidad cristiana, para poder vivirlo de forma más fascinante y ver, al mismo tiempo, cómo poder transmitirlo. Es verdad

que a veces nos falta lucidez, no tenemos líderes espirituales que nos sepan llevar; en ocasiones únicamente son personas sin visión, que no son capaces de ver hacia dónde tenemos que ir, que no son capaces de aglutinarnos a todos dentro de un proyecto que de verdad nos entusiasme. A mí me encantaría que llegase un momento para la Iglesia en el que todos nos embarquemos en un proyecto entusiasmante que nos empuje hacia delante. Sin embargo, muchas veces da la impresión de que sólo vamos poniendo frenos, tenemos miedo, no somos una comunidad lanzada hacia un éxodo, sino una comunidad agazapada, con miedo a todo y que no sabe qué hacer...

Cuando todo eso se supera, el Espíritu empieza a actuar porque el gran protagonista de la misión de la Iglesia no somos nosotros, sino el Espíritu, y Él ya está actuando de una forma que ni siquiera nos imaginamos. Si lo reconocemos fuera de la Iglesia, ¿por qué no lo reconocemos también entre nosotros? Se tratará muchas veces de gente que no vive el cristianismo tan institucionalizado, pero está recibiendo los influjos del Espíritu; dicho de otro modo, en el examen que Dios nos hará al final dirá: *tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber...* Sabemos que ahí el Señor no enfatizará mucho en el tema de la iniciación pero sí podrá preguntar *"¿quién te inició en el amor, en tanta solidaridad, en tanto desprendimiento de tí mismo... cómo fuiste capaz de hacer lo que hizo mi Hijo Jesús con los más pobres o con la gente desheredada...?"*